

HOMILÍA
POSESIÓN CANÓNICA
MONTELÍBANO
24 DE JUNIO DE 2020

I
SIERVO DEL SEÑOR

Siervo del Señor: este título se refiere en plenitud a Cristo, pero, por reflejo, se aplica a quienes fielmente han puesto su vida a disposición completa del Señor. Muchos de ellos han recibido un llamado desde el vientre materno. El Señor, en la profecía de Isaías que escuchamos, le asigna a su siervo una tarea: “Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra”.

El Bautista como “Siervo del Señor” elegido desde el vientre de su madre y lleno del poder de Dios (Lc 1,15), recibió una misión: preparar el camino para el Señor que llegaría como luz de las naciones. Su ministerio, como el último profeta que marcó el cumplimiento de las promesas, lo hace auténtico siervo dispuesto a entregarse al único Señor.

Toda persona que acepta la voluntad de Dios, que vive un camino de fe y se deja seducir por el Señor, se convierte en su “Siervo”. Así mismo, cada servicio en la Iglesia es un medio proporcionado por el Señor para convertirse en auténtico “Siervo”.

Desde esta perspectiva, el Episcopado se presenta como un servicio concreto para hacer un discipulado misionero; y el Obispo, como “Siervo del Señor”, se convierte en luz para llevar la Salvación a una comunidad específica. En este Sur de Córdoba hay un camino Diocesano de Nueva Evangelización que ha sido, por años, el medio iluminador y salvador de quienes peregrinan en estas hermosas tierras.

II
QUE EL CREZCA Y YO DISMINUYA

El mayor de los hombres fue enviado para dar testimonio de Cristo. Juan nació el día a partir del cual los días comienzan a disminuir (solsticio de verano); Jesús, en cambio, nació el día en que los días comienzan a crecer (solsticio de invierno). Con esta realidad de los días de sus nacimientos se quiere mostrar que el Señor debe ser exaltado y que el hombre es simplemente un instrumento. Cuando el día de su nacimiento empieza el declive de la luz del sol, queda ratificada la disponibilidad del Bautista para desaparecer.

Juan Bautista dice del Salvador: “Es preciso que Él crezca y que yo disminuya” (Jn. 3,30). Además, dice: “viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias” (Hch 13, 25). Más tarde dirá San Agustín: “disminuyamos nosotros mismos, para crecer en Dios, humillémonos en nuestra bajeza, para ser exaltados en su grandeza (Sermón 285, 3).

Vengo a estas tierras para evangelizar, para vivir el Reino de Dios con Ustedes, con la humildad de San Juan Bautista, para hacer que Jesucristo aparezca radiante y con todo su esplendor. Esta humildad que, como afirma San Gregorio Magno, es la primera virtud, nace de la conciencia de la propia debilidad y de todas las fragilidades humanas. Que siempre aparezca Cristo, su amor y su entrega.

III UN VALIOSO TESTIGO DE LA LUZ

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan... vino para dar testimonio de la luz (Jn 1, 6-7). En su misión de testigo nunca inclinó la cabeza frente a los poderosos; Él defendió la verdad y la justicia con su vida. El Señor dice que Juan es una lámpara: “Él es la lámpara que arde y que alumbrá” (Jn 5,35), pero la luz de la lámpara palidece cuando brillan los rayos del Sol.

La grandeza del Episcopado es la grandeza de la paternidad, es el pertenecer y entregarse a un grupo de hijos para hacerlos crecer; es pertenecer y entregarse a una familia para alimentarla y fortalecerla, en procura de adelantar en sus vidas el proyecto de Dios. El verdadero crecimiento de la familia espiritual se da por la iluminación desde la Palabra y desde el testimonio en las acciones.

Pido a Dios ser un buen testigo de la verdad en esta región cordobesa; una lámpara, para que en unión con mis hermanos sacerdotes iluminemos el camino hacia la Verdad que da la Vida. Vengo en nombre del Señor, Luz del mundo, a acogerlos a todos, a desgastarme por el bien espiritual y material de cada uno.

IV PORTAVOZ DE DIOS.

Juan se proclama como la voz que grita en el desierto. Juan es la voz, pero el Señor es la Palabra. San Juan Bautista, entonces, es la “voz” enviada a anunciar el advenimiento del Verbo encarnado. El ministerio de Juan se realiza todavía en el mundo, en todo aquel que esté destinado a creer en Jesucristo, a “preparar para el Señor” un pueblo bien dispuesto” (Lc 1,17) y a “allanar los caminos, enderezar los senderos” (Lc. 3,5) para el paso del Señor. Hoy todavía sigue “Juan” precediendo la

venida del Señor, en muchos corazones desde la misión de cada discípulo mediante nuestros ministerios.

Inicio mi caminar apostólico en estas tierras cordobesas dispuesto a prestar mi voz a la Palabra divina, al mensaje de salvación. Quiero que, desde las Comunidades de Nueva Evangelización, la Palabra encuentre muchos portavoces de Dios que anuncien la grandeza de su amor y los valores de su Reino.

V PROFETA DEL ALTÍSIMO

“Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos” (Lc 1, 76). Juan Bautista tiene una misión clara: preparar el camino al Salvador.

Vengo a preparar el “camino del Señor” para la Iglesia de Montelíbano. Que el Padre me conceda su favor para ser el pastor según el corazón de Cristo que, en este momento especial, necesita esta porción del Pueblo de Dios. Que con este querido pueblo busquemos y hagamos visible la primacía de Dios en cada una de nuestras vidas.

Juan el Bautista proclamó: “este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn1, 29). Un dedo indicador del Mesías: ese es el Mesías, a quien hay que seguir, el Salvador. Pero que no solo se tenga un dedo indicador, sino una vida y una acción que muestren la pasión por el Señor y su Buena Nueva; que indiquemos el camino que conduce a la Verdad y a la Vida.

VI SALUDOS Y AGRADECIMIENTOS

Un filial saludo a Su Santidad, el papa Francisco. Deseo manifestar mi comunión profunda, mi obediencia pronta y mi afecto sincero al Sucesor de Pedro, que con amor de Padre dirige la Iglesia. Mi adhesión a Cristo, a través de la cabeza del Colegio Episcopal, sea la roca firme donde se sustente el peregrinar de la Iglesia que el Señor hoy coloca bajo mi cayado para pastorearla con celo y fervor.

Saludo muy cordialmente a Su Excelencia Mons. Luis Mariano Montemayor, Nuncio Apostólico en Colombia.

Saludo a mis queridos hermanos en el episcopado. Su presencia espiritual me fortalece y sus signos de fraternidad me hacen sentir la fuerza de la solidaridad

colegial para emprender, en la unidad episcopal, este encargo pastoral. Saludo con especial aprecio a los obispos de esta Provincia Eclesiástica de Cartagena.

Saludo con afectuoso respeto al Señor Gobernador de Córdoba, doctor Orlando Benítez Mora, a los señores parlamentarios, al Señor Alcalde Municipal de Montelíbano, Doctor José David Cura, a los concejales del municipio, a los demás alcaldes de los Municipios que conforman la Diócesis de Montelíbano y a sus concejales, a las demás autoridades civiles, militares, judiciales y de policía.

Afectísimo saludo a todos los sacerdotes de la Diócesis de Montelíbano; mis pródigos colaboradores en este servicio episcopal. Serán mis hijos, hermanos y amigos en esta tarea evangelizadora.

Saludo al Sr. Diácono Pedro, a las comunidades religiosas, a los seminaristas, a los miembros de distintos movimientos y asociaciones, a los consejos de pastoral, a las comunidades eclesiales, a los grupos apostólicos, a todos los fieles laicos.

Desde estas tierras cordobesas un saludo amoroso a mis familiares. A mis padres, gracias por la vida y la fe; gracias por ese amor incondicional. A mis hermanos y a sus familias, un agradecimiento por su amor y compañía para seguir dando este sí al Señor. A los demás familiares mi recuerdo agradecido.

A todas las comunidades parroquiales, desde ya un saludo muy especial. Espero encontrarme muy pronto con cada una. En cada comunidad un abrazo a todas las familias, una bendición para cada una de ellas, de manera especial un saludo a los campesinos, a los enfermos. Que la gracia, el amor y la paz permanezca en cada corazón de los fieles diocesanos.

Saludo y agradezco vivamente a los sacerdotes de la Diócesis de Santa Rosa de Osos. Gracias por su fraternidad y amistad. A mi Diócesis de origen mil bendiciones en el Señor. A mis paisanos Donmatieños; mi agradecimiento profundo por sus muestras de cariño y afecto.

A todos mis amigos de los lugares por donde he pasado en estos casi veinte años de ministerio sacerdotal, que hoy unen sus oraciones y corazones a esta celebración. Dios guarde sus vidas y familias.

VI SÚPLICAS

Aquí en esta Catedral de la Santa Cruz, en esta capital del Níquel de América Latina, recibo este encargo pastoral. Vengo en nombre del Señor que, como a San Juan Bautista, elige, consagra y envía a una misión. Llego como sucesor de los Apóstoles, a ratificar el llamamiento que el Señor me ha hecho. Francisco, en la Bula de nombramiento, me ha pedido velar como maestro, guardián y padre, cuidadosamente

del rebaño del Señor, de tal manera que dicho rebaño pueda gozar constantemente del crecimiento espiritual, y la salvación de las almas se promueva cada vez más.

Con la total disponibilidad para continuar el proceso evangelizador de mis predecesores. Mi pergamino es la fuerza de Dios que me dice: “Te basta mi gracia”, “Que el crezca y yo disminuya”. Únanse a mí para que allanemos caminos, enderecemos sendas, seamos voz que clama desde todo el territorio Diocesano; que por nuestra fidelidad nos convirtamos todos en profetas del Altísimo.

Amando a Dios y sirviendo a la Iglesia quiero hacer la voluntad de Dios, cultivando las semillas del Reino de Dios en estas tierras de las subregiones del Alto Sinú y San Jorge. El apóstol Pedro exhorta a los presbíteros a pastorear de buena gana (Cfr. 1 P. 5, 2). Hoy, reafirmo mi disposición para el envío que el Señor me hace a esta comunidad Diocesana, cuya sede está bañada por las cálidas aguas del Río San Jorge. Vengo de buena gana, con total disponibilidad.

Vengo a una Diócesis con un recorrido espiritual y pastoral significativo. Su proceso desde el 12 de junio de 1924 como Prefectura Apostólica del Sinú con su primer Prefecto Apostólico, el Padre Marcelino Lardizábal, ha mostrado un crecimiento progresivo y maduro. Como Vicariato Apostólico, de 1950 a 1957, se fue consolidando su sentido eclesial y compromiso social. Más adelante, como Prelatura territorial del Alto Sinú y San Jorge, con la dirección primera del recordado Monseñor Alfonso Sánchez Peña y, luego, con el cercano y apostólico Monseñor Flavio Calle Zapata, se ve madurando en su identidad de Iglesia y su compromiso interno de organización pastoral. Con Monseñor Julio César Vidal, como primer Obispo de la naciente Diócesis de Montelíbano, el 29 de diciembre de 1998, vemos una Iglesia joven, pero madura y comprometida. Esto nos muestra el paso de Dios por estas tierras cordobesas.

Debemos aprovechar este momento eclesial para agradecer el pastoreo de Mons. Edgar García Gil en estas tierras; la dedicación y abnegación de Mons. Luis José que se apasionó en esta región por la promoción humana e integral, y el trabajo pastoral desarrollado por los administradores Apostólicos en sede vacante. De manera particular, gratitud sincera por la administración apostólica generosa de Mons. Ramón Alberto Rolón Güepa; casi dos años de acompañamiento permanente y serio, en los que hizo marchar con dinamismos pastorales a esta Iglesia.

Hoy quiero lanzar un camino de Nueva Evangelización desde un trienio celebrativo que nos disponga a dar gracias a Dios por las bodas de plata de la Diócesis en el año 2023.

Esta Iglesia Particular que es ampliamente bendecida por Dios, en la diversidad de personas y culturas, en las tierras, flora y fauna. Un grupo significativo de cristianos católicos orientado por buenos sacerdotes que han forjado un pasado construido con tesón, un presente luchado con dedicación y lanzados hoy a un futuro prometedor, porque el Señor está con nosotros.

Oro para que nuestra región sea purificada de tantos flagelos que la afectan. Oremos para que tenga un progreso integral, buscando el bien común, alejando toda forma de egoísmo y violencia. Que todos los que habitan estos siete municipios con sus corregimientos y veredas estén llamados a anunciar y vivir el Evangelio.

Querida Diócesis de Montelíbano: abramos nuestro corazón a Dios y a su amor; fijemos nuestros ojos en Jesús, autor y consumidor de nuestra fe, y que el Espíritu Santo ilumine este capítulo de nuestra historia como Iglesia Diocesana. Abriré mis brazos y mi corazón para custodiar a todo el pueblo de Dios peregrino en esta mí Diócesis.

Hoy, asumo para mí las palabras del Señor a San Pablo: “Te basta mi gracia”. Estoy convencido de que, unido al Señor se gestará la fecundidad espiritual y la fuerza en la acción para la actividad pastoral. Recibo las llaves y la espada de San Pedro y San Pablo, para abrir el tesoro de las gracias para esta comunidad y para defenderla de las amenazas de los enemigos que pretenden robar la fe y la esperanza sembrada en tantos años por tantas personas.

Hoy quiero pedirle a la comunidad Diocesana que ore al Señor por este ministerio. Suplico a Dios me conceda las tres “cercanías” que propone el Papa Francisco para un ministerio Episcopal fecundo; confieso que las he pedido insistentemente al Señor desde el 4 de marzo pasado:

Cercanía con Dios: Pedro afirmó la primera tarea de un obispo orar a Dios. Esta oración otorga fuerza, despierta la conciencia de este don, ilumina y fortalece.

Cercanía con los sacerdotes y diáconos como mis más próximos; apoyando los pasos firmes de muchos, pero también los vacilantes de algunos, como padre, hermano y amigo.

Cercanía con el pueblo de Dios: no olvidar al pueblo que da lecciones de fe y valentía. Pueblo de Dios que da sentido a nuestro ministerio. Que quiere hablar y ser escuchado por el pastor. Un cuidado habitual y cotidiano con las ovejas.

María es la Sierva del Señor: ella, que engendró a Cristo y lo cuidó con inefable amor, nos sostenga en la fe y la esperanza para emprender nuestros trabajos apostólicos; para que logremos ser verdaderos testigos de la luz que nos lleva a la eternidad. María Reina, cuida de este obispo que pide tu protección. Amén.